

SANTIAGO, 18 DE AGOSTO DE 1936.

## Don Gonzalo Bulnes

Con el fallecimiento de don Gonzalo Bulnes, ocurrido a los ochenta y cinco años de edad, desaparece del escenario político, social, intelectual y diplomático de Chile, una figura próspera que se vinculaba en cada uno de esos aspectos a la auténtica tradición chilena de la segunda mitad del siglo XIX, tan fértil en hombres brillantes y en ciudadanos ejemplares.

El señor Bulnes encarnaba la más pura tradición cívica que fuera posible exhibir en una República democrática. Por su ascendencia procedía de mandatarios y militares, que han escrito páginas gloriosas en la historia nacional. Era hijo de don Manuel Bulnes, Presidente de Chile en el segundo decenio de 1841 a 1851, y general victorioso en una campaña internacional que afirmó definitivamente el predominio de Chile en el Continente y que fué coronada en la batalla de Yungay contra la Confederación Perú-Boliviana. Ese soldado, que supo dar forma al pensamiento de Portales, cuando éste ya no existía, fué después un estadista que impulsó la civilidad en el país y que lo llevó a un período de prosperidad y de grandeza, que no conocieron en la época de su mandato los otros pueblos americanos, sobre los cuales ejerció una especie de tuición moral, benéfica y fecunda, en las relaciones intercontinentales, en la enseñanza pública con el ejemplo de sus maestros, en la consideración a los principios fundamentales del derecho y en el respeto a la ciudadanía.

El Presidente Bulnes fué, además, el más severo defensor del régimen democrático de la República en un tiempo en que el pronunciamiento del ejército en los asuntos políticos, ahogado por la mano viril de Portales, todavía, de vez en cuando, hacíase sentir al impulso de las pasiones del pipiolismo exaltado que buscaba en sus filas un aliado. Con sencillez espartana ese mandatario, una vez dejado el poder constitucional que le había confiado el país, tomó el mando del ejército leal para combatir en el sur una revolución de proyección vastísima, y en la cual el jefe de ella, el General Cruz, su primo, aparecía como el caudillo de la falange liberal. Antes del término de esa contienda, más sangrienta que la del Lircay, y que se dirimió en Loncomilla, nació don Gonzalo Bulnes. Su cuna, pues, fué mecida en las inquietudes de una guerra civil, y su juventud se desarrolló al lado y en contacto con los forjadores de la República y de la grandeza de Chile. De su padre, el señor Bulnes no conservaba un recuerdo personal acentuado, porque su muerte ocurrió cuando el historiador de la campaña de 1838, era muy niño aún. Pero su hogar conservaba intacta la imagen de aquel hombre esclarecido. El Presidente Bulnes no fué ni un hombre brillante ni un partidario de condiciones excepcionales por su cultura ni por su atracción personal. Era modesto, de una sencillez que luego predisponía en su favor porque emanaba de su personalidad ese candor juvenil de esperanza de que habla Horacio. Conociéndolo se le apre-

ciaba mejor. La extraordinaria corpulencia suya y la severidad militar del rostro, daban a su talante el aspecto de un soldado desprovisto de toda seducción personal. Era imponente en su aspecto y en sus ademanes. Y aunque siempre eludió hacer sentir su autoridad militar y cívica, de su fisonomía desprendíase la terquedad de quien ha vivido la mayor parte de su existencia en los cuarteles. Pero ese era sólo el aspecto exterior. Lo había adquirido, sin duda, en el ejercicio de su profesión, en las lejanas campañas del sur, entonces tan ingrata y desprovista de la cortesía de los militares de hoy. Bulnes era otra cosa en la intimidad. Franco y señorial, magnánimo y circunspecto, esclavo de lo que imaginaba su deber en la Presidencia de la República probará cuán grande es el fondo de su buen sentido y de su ardiente patriotismo. Ajeno a los negocios del Estado, que nunca hubiera querido manejar al no haberse impuesto su nombre en forma abrumadora en los comienzos, por ser el suyo el de un vencedor que daba a Chile un nuevo rango en América, Bulnes inicia en el país una administración que se señala en la historia por su vigoroso impulso constructivo. La tranquilidad social de la República hizo posible ese período. El espíritu ecuaníme del Mandatario, la flexibilidad de su carácter, su gran don para buscar consejeros y hombres de Gobierno, el acierto para escogerlos donde éstos estuvieran y cualquiera que fuera su condición, la larga vista del patriota, la serenidad del juicio y la rectitud de las intenciones, fueron parte, y parte personal, en el éxito de esa administración, una de las más fecundas de la historia nacional. Colaboran en ella Montt y Varas, Irrazaval y Rengifo, Egaña y Tocornal, Lastarria y García Reyes, Benavente y Pérez, Sanfuentes y Valdivieso. En ella se funda la Universidad de Chile, se establece el dominio de Chile al Estrecho de Magallanes, se organiza el régimen político interior, se crean las primeras escuelas normales, se reforma la legislación, se renueva, en fin, la administración en todas sus ramas, gracias a un espíritu liberal que el país no conocía, y que el Gobierno anterior, empeñado en la misma obra, no había sabido realizar sin una coacción fuerte de la autoridad. Y este régimen, que conserva en su fondo el rigorismo portaliano suavizado ahora en sus asperezas y en sus terquedades, se hace liberal y abre a los espíritus horizontes en el campo de las letras y de las artes. Adviene entonces el movimiento literario de 1842. Lo había preparado Bello, pero lo había contenido en sus desbordes e inquietudes juveniles, hasta que los argentinos con Sarmiento, el gaucho bravo e impetuoso, lo convierte en una exteriorización del pensamiento de la juventud chilena, provocada en su amor propio. La generación que influye y da forma a ese movimiento es la que llena toda la

historia de Chile precedente. Porque no es sólo un movimiento literario; es también un movimiento que tiene un carácter de lucha social, de reivindicación política y de ideología doctrinaria en toda su expresión. Don Gonzalo Bulnes no perteneció, naturalmente, a esa generación. Era menor en edad, en cerca de un cuarto siglo. Sin embargo, hará camaradería con ella en las letras, en la política y en la vida social. Amunátegui, Barros Arana, Lastarria, Sotomayor Valdés, los Arteaga Alemparte, Blest Gana, Santa María, Balmaceda, Vicuña Mackenna, Isidoro Errázuriz Augusto Orrego, Anibal Pinto, y cuanto produjo entonces el país en hombres distinguidos, se mezclaron en el camino del patricio hoy recientemente fallecido.

Don Gonzalo Bulnes sintió desde muy temprano aficiones de historiador y de político, y estas dos predilecciones de su espíritu no es preciso buscarlas con demasiado acopio de información para encontrar el origen de esa raigambre. Pertenecía a una familia, como ya se ha dicho, de larga vinculación en la historia nacional. Su abuelo materno había sido el General y Presidente Pinto; un tío abuelo suyo, el General Prieto, se había cruzado sobre el pecho la insignia presidencial de O'Higgins; era sobrino carnal de don Anibal Pinto, y, por lazos de familia, por el matrimonio de uno de sus hijos con una hija del Presidente Sanfuentes, la tradición histórica volvía a anudarse en don Gonzalo Bulnes. Se comprende que el vivir en un medio en el que todo evocaba el pasado, y un pasado heroico, noble y digno como había sido el de Chile, despertara en la inteligencia brillante de don Gonzalo Bulnes el afán de conocer mejor la historia de su patria. El General Pinto, su abuelo, le hablaba en el recuerdo del hogar, frente a su retrato que lo representa como un mariscal de los tiempos napoleónicos, de los esfuerzos de Chile, para obtener la libertad del Perú. Ese General condujo las tropas chilenas al lado de Bolívar; ese General vió deshacerse lentamente su ejército por falta de recursos. Hablaba de un esfuerzo magnífico y desgraciado por las circunstancias políticas del momento, en las cartas, notas y papeles que conservaba el nieto con amorosa y noble dignidad. Así nació un libro sólido, fundamental, de la literatura histórica americana, "Las Últimas Campañas de la Independencia del Perú" que lleva la firma de don Gonzalo Bulnes. Su padre había conducido la segunda expedición restauradora al Perú y Bolivia, contra el genio político de Santa Cruz que había ahogado la libertad de esos pueblos. Sabía el hijo que esa expedición fué lograda mediante el acierto del General Bulnes, y le pareció que tenía el deber de revelar la historia militar de ese esfuerzo gigantesco de la República. De ese concepto de su patriotismo es el libro que recuerda ese episodio; la "Historia de la Expedición Restauradora al Perú", su primer libro histórico. De ninguno de esos sucesos Bulnes fué testigo; pero el testimonio oral estaba muy cerca de él para que no lo recogiera fresco, y lo arrojara con igual lozanía en las páginas de ese libro que puede contarse como uno de los más notables de nuestra composición histórica. Tienen viveza y co-

lorido, animación y simpatía; y el que sabe que el autor es uno de los deudos cercanos, y bien cercano de los tres caudillos centrales que se mueven en esas obras, en una Pinto y en la otra Bulnes y el General Prieto, no acierta a comprender cómo la pluma que ha trazado esas páginas, haya sabido conservar una independencia de juicio y una desapasión que no nubla jamás la visión concreta de los hechos y que habla de los suyos como de personajes ajenos al sentimiento que inspira el padre y el abuelo. Conciencia histórica se dirá: sí, pero una conciencia en que la modestia ha debido tener, junto a la honradez de la imparcialidad, su más firme sostén para no caer en la exageración de la grandeza de una verdadera casta de héroes.

Apenas una generación de patricios separaba a don Gonzalo Bulnes de las figuras centrales de nuestra Independencia. De O'Higgins y San Martín, de Freire y Blanco Encalada, de Rodríguez y de Lastra, en fin, de todos los próceres que hicieron la epopeya de nuestra liberación, Bulnes conocía la intimidad de esos grandes hombres por el recuerdo constante que de ellos hacíase en su hogar, o bien que él alcanzó a conocer por las referencias directas de quienes fueron cercanos contemporáneos suyos, en este caso los Ministros de su abuelo durante el régimen del pipiolaje o los de su padre, que el señor Bulnes alcanzó a tratar con la franqueza del que habla de sucesos que forman el patrimonio de la vida de un pueblo. Con esos elementos, el señor Bulnes exaltó la figura noble de O'Higgins y enigmática de San Martín, en una obra que mereció, de Mitre y Barros Arana, el reconocimiento de un historiador de primera calidad. Nos referimos a la "Historia de la Expedición Libertadora del Perú", en que la osadía de Cochrane cubre como con una bandera la obra de la constancia personal de O'Higgins.

De otro episodio de proyecciones tan decisivas como la guerra contra la confederación Perú-Boliviana en los destinos del país, Bulnes fue testigo e historiador venerable: el conflicto del Pacífico. Un otro deudo suyo, el Presidente Pinto, es el mandatario que condujo ese memorable suceso. La historia de la guerra del Pacífico que lleva su firma, después de los cantos épicos de Vicuña Mackenna sobre el mismo asunto y la grave y concisa narración de Barros Arana, es un monumento levantado al patriotismo chileno, al vigor de sus hombres, al genio de sus estadistas y al valor de sus militares. Y, sin embargo, ese libro no fué escrito para halagar el sentimiento nacional ni para producir un renacimiento de la conciencia cívica, ya entonces a la fecha de su publicación no tan adormecida como ahora. Si el orgullo del pueblo se exalta con su lectura, es porque eso proclaman sus páginas exactas en la documentación, vivas en las citas de las cartas, vibrantes en los momentos de la contradicción, opulentas de recursos en los instantes de peligro que deben atender los hombres que se mueven en el drama, y que el historiador no hace más que exponer en forma magistral. Muy vivo el episodio, muy cerca de los

hombres que hicieron la guerra, Bulnes tiene simpatías de las cuales habría sido sobrehumano exigirle desprenderse. No concede a Santa María el rol de una importancia decisiva; es Sotomayor el brazo que mueve aquel inmenso y complejo estallido de la energía nacional.

La historia de la guerra del Pacífico acabó por labrar el título indiscutido e indiscutible

de Bulnes como historiador, y su nombre se vincula a la escuela historiográfica, fundada por Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna y Sotomayor Valdés, de la cual, junto con Medina, Amunátegui Solar, y Crescente Errázuriz fué discípulo esclarecido.

Don Gonzalo Bulnes, como todos los hombres de la generación de su siglo, luchó ardientemente por un credo liberal en la política. En el diario, en la Cámara de Diputados y en el Senado, en los cargos de Ministro diplomático en Alemania y la Argentina, en todas partes, ese credo constituyó la orientación de su ideología doctrinaria. Era orador en la verdadera acepción de la palabra. Tenía vehemencias y arranques de pasión; era de una rara ilustración y de gran nobleza de ideas. En el diario era combativo e impetuoso.

Una vida como la suya consagrada por entero a bien del país, al que ha servido en el diario, en la tribuna, en el libro, en la política y en la diplomacia durante una larga existencia, es un noble ejemplo y una conmovedora lección del poder de la fe, del patriotismo al servicio de la patria. Bulnes fué precisamente, eso: un gran patriota.

Hacemos llegar a sus deudos la expresión de nuestro más profundo pesar por su fallecimiento.